



REDACCIÓN
CALLE DEL TUTOR, NÚMERO 41

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño,
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.	Un mes. 1 peseta
	» Trimestre. 2,50 »
	» Año. 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre. 3 pesetas
	» Semestre. 6 »
	» Año. 12 »

A DIOS

Te llaman la miseria y los pesares
hambre que gime, cólera que estalla
y en el rudo trágico de la batalla
tus hijos que se matan á millares.
Oficia la mentira en tus altares
y gobierna tu pueblo la canalla;
oye si no la voz de la metralla
que truena por las tierras y los mares.
La dinamita á gritos te ha llamado,
—¡Nada hiciste al morir!—grita iracundo
este mundo irredento y desquiciado.
¡Pide tu sangre, manantial fecundo!
¡Baja otra vez á ser crucificado!
¡Vuelve, Señor, á redimir el mundo!

MANUEL PASO.

LA COMEDIA RELIGIOSA

Esta es la época de la religión oficial, como quien dice. Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena, reza el adagio. Nadie se acuerda de Cristo hasta que la Iglesia le manda que se acuerde.
La verdadera religión—llámese como se llame—debe ser practicada todos los días, á todas las horas, en todos momentos, y no á la manera hipócrita de muchos, tan briosamente condenada por doña Concepción Arenal.
Crean que con ir un rato á la Iglesia ó persignarse cuando pasa el Viático en auxilio del moribundo—momento no el más á propósito para exámen de conciencia—han cumplido sobradamente con los preceptos religiosos.
Por lo demás, siguen obrando en todo como de fijo no obraría el indio del Orinoco. Nuevos *Tartuffes* fijan una religiosidad que no sienten, y á semejanza de los monjes, barren para adentro. No tienen reparo en arrancar pérfidamente la tira del pellejo al prójimo, en aceptar *negocios sucios*, en burlar á la joven desvalida y ardiente.
Son los tipos de *La Pasiónaria*, de Cano,
«que andan cambiando delitos
á cuenta de padrenuestros.»

La religión—reliquia viva de la edad sentimental—no se reduce al dogma, al rito, al aparato. Nada menos que eso. El espíritu verdaderamente religioso es aquel que reza para adentro, á su modo, en las soledades contemplativas de la conciencia; el que obra honradamente, sin esperanza de recompensa, ni miedo á castigos ultraterrestres; el que al ver el espectáculo moral del mundo levanta los ojos interiores á un ideal puro, bueno y grande (altruismo), y mira á los hombres con la lástima que despiertan en las almas escogidas.

El mundo—lo ha dicho Jules Lemaitre—es muy divertido como espectáculo, pero muy triste como enigma. Esta es, á mi juicio, la verdadera fuente de toda religión. Nada sabemos del principio y fin de las cosas; nada de nuestro destino obscuro. . . . Volverá el polvo al polvo, según la Escritura. Nuestros elementos químicos formarán nuevos organismos; pero esta prodigiosa maquinaria del universo, este laboratorio hirviente de la naturaleza, ¿dejarán de funcionar algún día? Si el mundo tuvo un principio, ha de tener forzosamente un fin.

La teoría de la evolución nos lleva á eso como por la mano. ¿Y en qué consistirá ese fin? ¿En que todo se reduzca á polvo? ¿Surgirá un mundo nuevo de las ruinas? La naturaleza parece no proponerse ningún fin. ¿A qué, si no, ese despilfarro de energía, porque cada ser vivo presupone una serie de tanteos y de errores incalculables? ¿A qué esa selección que practica á expensas de seres que no pasan del estado embrionario? ¿A qué mutilar inopinadamente la vida de seres que se tienen por felices con vivir?

La Biblia contiene muchos errores científicos; es una

maraña de mitos, como ha probado Emilio Ferrière; pero hay algo en ella que nos habla muy tristemente de la vida. El aroma de pesimismo asiático que la embalsama penetra voluptuosamente en los espíritus fatigados como un anestésico. Yo me explico que el místico—esos pobres enfermos de la idealidad ultraterrena—experimente *alucinaciones interiores* y sacudimientos nerviosos con la lectura de la Biblia, porque yo, en mi calidad de artista inquieto y febril, he sentido la enervante poesía que se exhala de sus versículos incoherentes. La Biblia, obra del hombre, pero del hombre sentimental y sonámbulo, deslumbrado y ensoberbecido con la feria del mundo cuyo mecanismo ignoraba, entraña una *estética dolorosa* muy del gusto de los espíritus refinados y decadentes.

En la incertidumbre en que vivimos, respecto de lo que nos aguarda en la transformación de las cosas, ¿quién puede atreverse á afirmar que hay algo después de la muerte? ¿Quién á negarlo? El espíritu de conversación, tan espontáneo en todo ser que vive, unido á la superstición intelectual que se transmiten las generaciones, nos lleva por modo egoísta á la idea de prolongar la vida á través de la muerte. Morfológicamente no sabemos cómo. ¿Tomaremos la forma de hombres, de animales, de plantas? ¿Nos volveremos gases?

En esta desoladora tristeza que habla en las pensativas noches de luna, como decía Masset, al espíritu caviloso y enfermo de algo á que la ciencia no alcanza, se funda el sentimiento religioso, poético, profundamente humano, formado de recuerdos queridos, de dolorosas *lejanías*, de íntimas ternuras y vagas inquietudes. . . . En los espíritus melancólicos sensibles, desequilibrados, *románticos*, arraiga, como planta frondosa, esta aspiración indefinible á algo mejor, á algo que se aparta del torbellino mundanal y que nos sustrae, en las grandes tribulaciones de la vida, de las miserias, de los odios de los hombres. Pero el mal está en que pensamos conforme á las ideas que solo vivos podemos tener. Si por un esfuerzo de abstracción, si con elementos no sentidos, en un sueño apacible y sin ensueños, pudiéramos imaginarnos la muerte, sintiéndola sin sentirla, comprenderíamos que la vida futura, tal y como la entienden los creyentes, es ilógica.

De mí se decir que he sentido la muerte bajo el influjo de un anestésico, y la he sentido. . . . no sintiendo la vida. Al volver en mí del profundo letargo de la intoxicación, me encontré con algunos pedazos de carne menos. Durante la operación quirúrgica hablé mucho. Yo no lo recuerdo. Pues si estando vivo no sentí nada, estando muerto sentiría menos, es decir, no sentiría ni poco ni mucho. El nirvana sensitivo. El eclipse total de la conciencia. . . .

De un pueblo que se divierte á todas horas, que toma en broma lo único serio que acaso haya; la vida espiritual, en su sentido moderno; que mezcla el rezo con la blasfemia, la fiesta de iglesia con la corrida de toros; que se burla del clérigo, sin perjuicio de contarle á solas sus picardías, no hay que esperar verdadera unción religiosa, sentimiento reflexivo fuerte y duradero.

La religión para él será un espectáculo más, supersticioso desde luego; un nuevo motivo de *juerga*, en que los mozalvetes se entretienen en pellicar las pantorrillas á las viejas y en tentar las caderas á las jóvenes á la salida de los templos.

Hay una religión hermosa, la religión del deber, que para nada necesita del templo ni del sacerdote. Sus altares no tienen ídolos; en ellos no se quema incienso ni arden cirios. La música del órgano no turba con vibraciones lascivas la oración del creyente solitario. Es la religión que menos mártires cuenta, porque no entraña amenazas ni premios ultramundanos. Es una religión sana que prende en los organismos equilibrados, armónicos y altruistas. No pide nada para sí; ni la adulación cobarde del supersticioso, ni el arrepentimiento tardío del malvado. No pide más que sinceridad y honradez.

¿Cómo han de comprenderla esas pobres gentes egoístas, que sólo creen en Dios—un Dios vengativo y orgulloso—porque le temen?

El día en que esta humanidad degenerada desaparezca; el día en que el hombre sea hombre del *todo*, porque hasta ahora no es más

«que un compuesto de hombre y fiera,» como decía Calderón, entonces, quizá el absurdo y viejo dogma católico cederá su puesto á esta nueva religión de paz, que tiene por lema la alegría, la justicia y la tranquilidad de la conciencia. . . .

FRAY CANDIL.

LA MUERTE DE SAGASTA

(Del libro de San Marcos. . . Carulla.)

- 1.—Y Juhas Canalejote se acercó á su maestro y jefe, y estampó un sonoro beso en su mejilla.
- 2.—Y Maura y Puigcerver se acercaron también á él como con ánimo de besarle.
- 3.—Y Pablo Cruz que estaba allí, sacó la espada y le cortó una oreja á uno de los siervos del gran pontífice Cánovas.
- 4.—Y Sagasta mientras tanto decía rascándose la barba:
- 5.—¿Pero qué he hecho yo para que me traten de esta manera?
- 6.—Y todos sus aprovechados ministros huyeron, dejándole sólo.
- 7.—Y llevaron á Sagasta á presencia del sumo sacerdote Martínez Campos.
- 8.—Y Capdepón seguía de lejos á su maestro, como el perro sigue al amo.
- 9.—Y uno de los fariseos conservadores que acompañaban al sumo sacerdote Martínez Campos, exclamó:
- 10.—Si este hombre continua al frente del poder ¡adiós instituciones!
- 11.—Y Martínez Campos dijo.
- 12.—¿Qué tienes que contestar á eso?
- 13.—Y Sagasta permanecía callado, rascándose la barba
- 14.—Y Martínez Campos volvió á decirle:
- 15.—¿Pero no te defiendes?
- 16.—A lo que respondió Sagasta:
- 17.—¡*Schoking!*
- 18.—Entonces el sumo sacerdote Martínez Campos se rasgó el uniforme y dijo:
- 19.—No estoy en ánimo de *corasonadas*, pero haced de él lo que queráis.
- 20.—Y entonces los fariseos conservadores comenzaron á maltratarle y á decirle:
- 21.—¡Perdistes la breva!
- 22.—Y Capdepón interrogado por un fariseo negó que fuese fusionista.
- 23.—Y entonces se oyó cantar á Castelar:
- 24.—¡Quiquiriquí!
- 25.—Y á la mañana siguiente hubo junta de rabadanes.

DON QUIJOTE



Toma, sobrino, esto que he afanado para ti. Y á ver si aprendes á romerizar.



¡Y adonde voy yo ahora con este lio!



Ha dicho el monstruo que lo que CUBA necesita es hombres y dinero. Los hombres se los traiga la manigua; el dinero se lo traigan los yankees.

Retirado don Mateo y ausente don Arsenio, no tendrá usted mas remedio que tomar las medicinas que yo le dé. No adelantará nada con cambiar de medico: lo que yo necesito es variar de renimen



El muy burro es capaz de acabar con los laureles del gran poeta.

- 26.—Y los fariseos conservadores recorrían la Plaza de Oriente gritando:
 27.—¡Hay que quitarle el poder!
 28.—Y así se acordó por quien lo puede todo
 29.—Y el sumo sacerdote Martínez Campos se lavó las manos.
 30.—Y los fariseos conservadores despojaron de su uniforme al maestro fusionista y le clavaron en una cruz, en la cual escribieron:
 31.—EXPRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.
 32.—Y Sagasta mientras tanto decía:
 33.—¡Señoral! ¡Señoral! ¿Por qué me has desamparado?
 34.—Y dando una gran voz, expiró.
 35.—Y he aquí que según todos los íntomas no resucitará otra vez a la vida del poder.
 36.—Así sea.

LA ÚLTIMA TABLA

(SONETO)

En el abismo del dolor sumido
 la mirada levanto á las alturas,
 y desde el hondo valle de amarguras
 te invoco ¡oh, Dios! con ánimo abatido.
 ¡De la duda que ofusca mi sentido
 disipa Tú las ráfagas oscuras!
 No te pido grandezas ni venturas:
 ¡esperanza, y amor, y fe te pido!
 Aunque en sollozos mi dolor exhale,
 de punzante inquietud y angustia lleno,
 aún tu bondad á tu poder igualo.
 No al odio dejes invadir mi seno;
 bueno te juzgo; pero, si eres malo,
 ¡déjame, por piedad, juzgarte bueno!

FEDERICO BALART.

VIERNES SANTO

Ennegrecióse el cielo en derredor de mí, tornándose pesado el ambiente, irrespirable y como salitroso; mis oídos creyeron percibir eco de truenos lejanos, derrumbamientos de la masa interior del planeta que parecía próximo á desgajarse, y reinó silencio aterrador, la inanimidad de lo muerto pesando sobre mi corazón y ahogando el aliento de la vida en sus cavidades. Sin darme cuenta de lo que hacía, cual arrastrado por una voluntad extraña, salí á la calle. Siguiéron viéndome mis ojos el mismo espacio obscuro, un tanto amarillento, como si lo alumbraran antorchas, y el hirviente tragin de la multitud moría lentamente, tornándose primero en sombra inmóvil, más luego en incoloro gas, y semejando al fin el paseo arenal solitario, imagen de la soledad en que mi espíritu se encontraba, ante el cadáver de la humanidad mía, de mi mundo hecho pedazos, yerto... Anduve largo rato. La misma inconsciencia de idiota que guió mis pasos hasta allí, me empujó dentro. Y á medida que avanzaba por la holgada nave, bañándose mi rostro en la dulce tibieza del ambiente exterior, impregnado de aromas que sólo despertaban la sensibilidad del pensamiento, abriéndose á ideas excelsas, fueme entrando consuelo, brotó la luz en los rincones del alma para alumbrar la enorme desdicha, conociéndola resignado, sin iras ni nervosismo, y vino el dolor sereno, que refresca la herida y calma el martirio. En mi orden moral entraron ideas de grandeza sobrehumana, ansias de sobreponerse á lo humano, que es tosco, mezquino, brutal, acatando el misterioso designio sin osar discutir su causa. Solitaria estaba la iglesia. Allá en el fondo del altar mayor, vestido de crespones, luto augusto, en medio de un nimbo de luz inquieta, mareante, lloraba la Virgen, el rostro caído sobre el pecho, cruzadas las manos y pintada en los negros ojos la resignación sublime que en mi alma mortal apenas comenzaba á nacer. Muy quieto y suspenso quedeme en su presencia, más bien avergonzado, indigno de la sublime entrevista. Bajé los ojos, dobláronse mis rodillas y procuré esconderme dentro de mí mismo. Así, se abtrajo mi pensamiento en la propia contemplación... ¡Muerta mi dicha! ¡Sin hogar!... Las páginas de aquella carta cruzaron ante mis ojos con cruel lentitud, para que pudiese recogerlas mejor el recuerdo... «No te quiero, no puedo vivir contigo y busco otro amor, el amor que soñé siempre... ¡Perdóname! Merezco un castigo... No, pobre, no; merezco la compasión... el perdón tuyo... el de Dios...» Tarde si niestra. También yo lloraba. Levanté los ojos á la Virgen, como interrogándola sobre aquello tan enorme, infinito, pidiendo ayuda, valor, serenidad, en el supremo trance, la muerte de mi universo que era mi amor,

y la voz de la Virgen vibró en el templo como un trino, diciéndome: «L'ora conmigo. Tu dolor es mi dolor y mi resignación será la tuya.»

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

¿SEMANA SANTA?

El por qué se llama Santa esta semana bendita... es cosa que no me explico desde hace ya muchos días. No hay quizás en todo el año semana más perversa, en que haya más alegría, en que se beba más vino, en que vayan por las calles mujeres más rebonitas, con la tentación por lema, con el pecado en la vista, con la cara más serrana, con más fuego en las mejillas, con intenciones más finas, y... con otras muchas cosas que no son para decir las. Ya sé yo que están las calles que parecen sacristías, que por donde quiera huele al grato incienso y la mirra, y que en medio de la plaza como al volver de una esquina, hay un Jesús Nazareno, ó un San Juan Evangelista, ó un Longinos con la lanza, ó una Virgen muy artística cuajada de plata y oro y brillante pedrería... Que el que no lleva sotana ó sobrepelliz blanquísima, ó roquete bien planchado, ó un cirial ó una manguilla, es porque viene de fuera y en nuestra ciudad no habita... porque si fuera vecino, es seguro que sería hermanuco ó faraute de alguna hermandad riquísima de esas que llevan á Cristo por las calles de Sevilla al son de roncós timbales y dándole fuertes ¡vivas!... Yo ya sé lo que sucede, que es costumbre muy antigua: por eso precisamente me extraña que se le diga á la semana en que estamos Semana Santa... ¡me indigna! Cuando todo se profana y todo se toma á risa, y se llenan las tabernas, y corre la Manzanilla, y una juerga es cada casa y cada quisque una viña, llamarle Semana Santa á esta Semana de risas... me parece, con permiso de todas las cofradías, que es como decir que España, con Sagasta y compañía, es la Nación que en Europa se encuentra mejor regida, en donde sobra el dinero, donde rebosa la dicha, y en donde todos estamos como en la Gloria divina... satisfechos, pero... vamos, con la barriga vacía.

CARRASQUILLA.

SABADO DE GLORIA

—Las campanas tocan á Gloria. Chiquilla, también dentro de mi corazón están repicando fuerte. Si; yo he vuelto á la vida como el hijo de Dios; yo también he resucitado como él. Verás: sin duda yo estaba muerto; yo debía estar muerto, y desde que nos amamos, he comenzado á gustar la dicha de vivir. Te juro que soy otro hombre distinto del que era, completamente distinto. ¡Oh, las divinas transformaciones del amor! Ahora como soy feliz soy bueno, y desearía que todos los hombres fueran también dichosos, tan dichosos como yo...

Acércate y mírame. ¡Quiero morir de una insolación de tus ojos! ¡Cuidado que eres bonita! ¡Te digo que ni hecha de encargo! Y me quieres mucho, mucho, ¿verdad? ¡Oh, que bien hacen las campanas en tocar á gloria!

Si; esta es la verdadera vida, la vida de la felicidad. No hay nada más triste en el mundo que no ser amado. ¡Si vieras qué desgraciado era antes de conocerte! Un gran cansancio se había apoderado de mi alma. No tenía ni deseos, ni ambiciones... ¡Pero si parece milagro de Dios! Te repito que desde que me miran esos ojos con amor y me sonríe esa boca, he comenzado á gozar de la verdadera existencia...

¡Oh, ven! Quiero besarte en la frente, como se besa á las esposas y á las madres...

No es posible, no hay palabras con qué poder expresar lo que te amo... ¡Dios mío, qué alegría! Quisiera llorar y reír... ¡Te digo que estoy loco!

Hoy es día de gala. La naturaleza comienza á despertar, se inicia la primavera. Mira qué cielo más azul y qué sol más esplendente... Y observa qué cara más risueña llevan los transeúntes ¡Qué bueno es Dios y qué buena es la humanidad!

No bajes los ojos y mírame... ¡Cuánta luz hay en tu mirada, alma mía! Asomándome á tus ojos, me parece que veo tu corazón... Quisiera morir así, estrechando tus manos entre las mías... ¡Siento todo mi ser abrasado por el fuego del amor eterno!

¡Oyes? las campanas tocan á gloria. El hijo de Dios ha resucitado á la vida eterna, y yo he resucitado también á la verdadera vida... Déjame que te bese en la frente, como se besa á las esposas y á las madres...

¡Oh, mujer, bendita seas.

MIGUEL SAWA.

LANZADAS

Una noticia:

Concluida la temporada teatral, *Maese Pedro* hace *mutis* por el foro hasta que el traspunte vuelva á llamarle á escena.

O dicho menos artificiosamente:

Que nuestra revista de espectáculos *Maese Pedro*, deja de publicarse hasta la próxima temporada teatral de invierno.

¿Están ustedes conformes?

El tamaño de Dios.

En un informe de la Junta municipal de Buda Pesth se lee lo siguiente:

«La mayor parte de los frescos de la catedral están ya terminados.

«La gran figura ejecutada por el pintor Carl Lotz, está concluida. Representa al Padre Eterno AL TERCIO DE SU ESTATURA NATURAL.»

¡Buen tamaño tendrá la figura!

Era de temer.

Los poetas de circunstancias, han descolgado sus liras, para llorar entre ripio y ripio, la catástrofe del *Reina Regente*.

Vean ustedes el soneto que el conde de Guernica—poeta de boina y escapulario—dedica al «Dios de los ejércitos,» atribuyéndole la pérdida del crucero:

«Alabemos á Dios si fué su mano
 la que hundió de la mar en la llanura
 á la llorada nave; desventura
 que sume en el dolor al pueblo hispano.»

Hombre, señor conde, no vemos justificadas esas alabanzas.

Y eso dando por bueno que Dios se haya entretenido en hundir con su mano al *Reina Regente*.

Que entonces en vez de alabarle habria que decirle:

—¡Ay, qué Dios!

Conato de noticia que puede leerse en cualquier periódico ministerial:

«Se indica para un alto puesto al Sr. D. Fulano de Tal, bien conocido por su amistad al Sr. Cánovas.»

¡Y caballeros, hay que tener presente el bando del alcalde prohibiendo la mendicidad!

El Sr. Silvela, según dicen los periódicos, piensa resucitar el antiguo partido moderado.

¡Pobre Bruto, ha perdido la brújula!

El Liberal, en un sentidísimo artículo, pide que se exijan las responsabilidades debidas á los que han servido de auxiliares á la catástrofe ordenando el viaje á Tánger del *Reina Regente*.

Si, es preciso que se abra una información para averiguar las causas efectivas del siniestro.

Y castigar con mano firme á los que resulten culpables de imprevisión.

Diego Pacheco, impresor.—Plaza del Dos de Mayo, 5.